

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Redacción y Administración.

Calle de Núñez de Arce, núm. 7

Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

PAGO ADELANTADO.

Suscripción.

Un año..... 1,00 pesetas.
Número suelto..... 0,05
Ídem atrasado..... 0,10

LA PROCESIÓN DEL CORPUS

La fiesta del Corpus no sólo anima a la multitud que espera ver por las calles la pompa del santuario, sino que está llena de encantos para los poetas, que han hallado en ella tentísima inspiración. Las Procesiones del Santísimo Sacramento son las más célebres en toda la Iglesia católica, y varían según los lugares en que se celebran; majestuosas en las grandes ciudades, están llenas de gracia en las aldeas. En éstas la fiesta del Corpus puede ser comparada a la fiesta de los Tabernáculos de los hebreos; Dios habita bajo árboles de verdura y de flores. «En las ciudades—dice Chateaubriand—el ruido de las campanas y el estampido de los cañones anuncian que el Omnipotente ha entrado en el Templo.» Por intervalos las voces y los instrumentos callan, y un silencio tan majestuoso como el de los grandes mares en un día de calma reina entre esta multitud recogida; no se oyen más que los pasos sobre el pavimento. Pero ¿dónde va el Dios formidable cuya majestad así proclaman los poderes de la tierra? Va a alojarse bajo tiendas de lienzo, bajo arcos de follaje que le presentan como el día de la antigua alianza, Templos inocentes y retiros campestres. Los humildes de corazón, los pobres, los niños le preceden; los jueces, los guerreros, los potentados le siguen. Marcha entre la sencillez y la grandeza, como el mes que ha escogido para su fiesta, mostrándose a los hombres entre la estación de las flores y la de los rayos. Las ventanas y los balcones están coronados de gentes cuyo corazón se dilata en esta fiesta.

Antiguísima es en España la costumbre, seguida todavía en algunas regiones, de ostentar delante de la Cruz en las Procesiones del Corpus Christi figuras representativas del pecado, de la mentira y de las monstruosas herejías de que triunfó la real presencia del Señor Sacramento, según proclama el Tridentino, que llama a este festividad *Triunfo sobre la herejía*, y excomulga al que no apruebe la solemnidad de estas procesiones, conforme la universal y laudable costumbre. Nuestra piadosa nación siempre se ha distinguido por esta solemnidad en las procesiones del Corpus, y el fervoroso celo español hizo que el arte fabricara las colosales y suntuosas custodias, que han merecido el privilegio de ser llevadas en andas para pasar en triunfo al Santísimo Sacramento, cosa negada a las demás naciones del orbe.

Hemos llegado a tiempos tan menguados en que la impiedad fiera y las hipocresías y envenenadas saetas de la impiedad mansa se dirigen a restar solemnidad a la procesion del Corpus, permitiendo y tolerando faltas de respeto y de decencia con que se quiere preparar el terreno para ir reduciéndola y acabándola.

Por eso es hora de gritar bien alto para que todos lo oigan y no se llamen a olvido. ¡Católicos, a la procesion! ¡Católicos, a la calle! ¡Católicos, a formar en las bueltas de Jesucristo Sacramento para dar testimonio de nuestra fe, para honrar a nuestro Rey y Señor, para pasar por la vía pública la única credencial que nos valdrá después de la muerte: la credencial de los que confesaron a Cristo ante los hombres!

PRELUDIO

Yo sé de una Capilla en la arboleda,
Vestida de verdor,
Que da sombra a un rosal de rosas blancas
Do anida el ruiseñor.
El ruiseñor modula entre las rosas
Su constante cantar.
¡Tiene el pájaro tanto que decirle
Al florido rosal
Dentro de la capilla está la imagen

De vuestro Corazón,
Jesús, rosal florido, en cuyas ramas
Hizo un nido mi amor.
Cuando el pájaro canta, yo le digo:
Mi nido es el mejor.
¡Oh ruiseñor, oh ruiseñor que cantas,
Si tuviera tu voz!
Si tuviera tu voz ¡ah! cuál cantara
Por el inmenso azul:
«Cuán bueno sois, mi Dios, sol de mis días
Y de mis noches luz...»
Al Serafin le das el alto cielo,
Nido de nuestro amor,
Y al hombre ingrato, como a abeja lírico,
Le das tu Corazón.»

J. Verdaguera.

EL «DOMINE NON SUM DIGNUS, DEL SARGENTO

Sucedió en el hospital de Ancenis el año 1865; época en que el hospital estaba a cargo de las Hermanas de la Sabiduría.

«Teníamos entonces, cuenta una de ellas, en la sala de los militares, un viejo sargento que a fuerza de actos de verdadero heroísmo, había ganado la Cruz de Honor en África. Era uno de esos tipos antiguos del soldado, curtido moral y físicamente en los campos de batalla, cuyo solo aspecto dá idea de lo que es la vida militar, en lo que tiene de más rudo y de más terrible. Condecorado no sé cuántas veces, y reenganchado otras tantas, iba a tomar su retiro, cuando la enfermedad nos lo trajo. Sufría mucho y juraba en proporción a lo que sufría.

Una mañana, viendo que su enfermedad iba de mal en peor, me acerqué a hablarle de Confesión.

—Ah—exclamó apenas hubo yo pronunciado la primera palabra—¿Confesarme, Hermana? Me habláis de una cosa que no tiene nada de fácil.... Diabli! ¿Sabéis que no me he confesado desde que recibí la primera Comunión, y que de entonces acá hay un buen trozo de camino?

—Bah!—le contesté—eso no importa nada. Ea! si queréis iré yo misma a avisar al Capellán.

—Vamos, siempre ha de ser lo que vos queréis;—me replicó convencido—no hay medio de negaros nada.

El Capellán vino y fué bien recibido, tan bien que el sargento, encantado de haber salido tan fácilmente del paso, le dijo:

—Volved mañana, Padre, si os es posible, porque a mí me gusta hacer las cosas en regla.

El Capellán no sólo volvió el día inmediato sino que fué nueve días seguidos; su penitente no estaba nunca satisfecho, creía no habérselo dicho todo y no quería recibir, sin confesarlo todo, la absolución.

Por fin llegó el día en que había de recibir la Comunión como Viático. La sala estaba engalanada, según costumbre; los soldados de uniforme en dos filas, desde la puerta hasta el lecho del enfermo: las Hermanas, con velas encendidas, seguían al Sacerdote. En cuanto el sargento vio aparecer el Sacerdote, se incorporó por un supremo esfuerzo, y fijando su vista en el Santísimo, exclamó con voz fuerte:

—¡Cómo, señor, es posible, y sois Vos el que os dignáis venir a una canalla como yo! Y a la vez que pronunciaba estas palabras, las lágrimas corrían por sus mejillas, y sus manos se juntaban por un impulso de su amor.

Nadie sonrió al oírlo; tal era la emoción, la humildad y la alegría que revelaban sus palabras.

Más de una vez he recordado el *Domine non sum dignus* del buen sargento, que murió tres días después gozoso y lleno de esperanza.»

POR LA PATRIA

¡Señor! ¡Mi patria llora!
La apartaron ¡oh Dios! de tus caminos,
Y ciega hacia el abismo corre ahora
La del mundo de ayer reina y señora
De gloriosos destinos.

Hijos desatontados,
Que ya la vieron sin poder, vencida,
La arrastran por atajos ignorados...

¡Señor, que va perdida!
¡Que no lleva en su pecho la encendida
Luz de tu fe, que alumbró su carrera!

¡Que no lleva el apoyo de tu mano!
¡Que no lleva la cruz en la bandera,
Ni en los labios tu nombre soberano!

¡Señor! ¡Mi patria llora!
¡Y quién no llorará, como ella ahora,
Tremendas desventuras,
Si fuera de tus vías

Sólo hay horribles soledades frías,
Lágrimas y negruras?

¡Qué en que de Ti se aleje
Camina en derechura a la grandeza?

¡Ni quién que a Ti te deje
Su brazo puede armar de fortaleza?

J. M. Gabriel y Galán.

FRENTE A FRENTE

Hay dos castas de propagandistas antireligiosos: unos que lo niegan todo, manifestando bien a las claras su ateísmo; y otros que afectan, con mal disimulada ironía, ser católicos, para combatir con mayor desenfado ciertos principios del dogma.

A estos últimos propagandistas pertenece el Sr. Guisasaola, ilustrado escritor que há poco publicado, en un diario republicano, un artículo intitulado «La Eucaristía ante la Ciencia».

Alardeando, con justicia, de erudito, recoge y anota en su artículo las objeciones hechas al Sagrado Sacramento de la Eucaristía, por Panfili, Duvez, Sonanta, Scaramella, Algarroblanco, Flanken y Usokon, *hombres ilustres* cuya fama han traspasado las fronteras, y cuyas ideas han llenado el universo de radiosa luz.

A esta pléyade de *bienhechores de la humanidad*, a los cuales cabría añadir Claude, Daille, Amyraut, Blondel, Turretin y muchos más, viene a unirse el Sr. Guisasaola; y mal será que entre todos, muertos los unos y vivos los otros, no logren su acariciado deseo: ilustrarnos, esto es, ilustrar a los católicos, haciéndonos caer del pedestal de nuestras equivocadas creencias y enseñándonos el camino de la verdad y de la ciencia. ¿No se pone Ud. a contentos, ni dan las gracias? ¡Qué ingratitude!

Nosotros, los católicos, creemos que, una vez dichas por el Sacerdote las palabras de la consagración, se convierten el pan y el vino en alma y divinidad, cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Y como lo creemos, somos «idiotas, ignorantes y majaderos de solemnidad; y la Iglesia, embaucadora de mala fe». Para demostrar estas corteses y decimosimas aseveraciones, cualquier Panfili llama a su quimico y le dice: «A ver, analice usted ese vino consagrado: analice y resultan todos los componentes de..... ¡la carne y la sangre de un hombre? No, del vino. A saber: agua, azúcar, tanino, campeche, alcohol amílico (era vino embocado) (1) y demás».

Figúrome la riostada del lector al enterarse de este argumento digno de un Marco Tulio. Porque, claro está, ningún creyente que sepa algo de química, ni ninguno que no

(1) Sin duda el Sr. Guisasaola ha querido decir vino embocado. Porque vino embocado es el que resulta intermedio entre dulce y seco, no el que tiene un exceso de alcohol.
Detalle escapado a la alta sabiduría de dicho señor.

la sepa, espera que el, ó la, análisis, demuestre en el vino la presencia de hemoglobina, fibrina albúmina, grasa, sales, etc.; ni que el microscopio evidencie la existencia de hematies, leucocitos y plaquetas; sabe, sí, que allí está la sangre de Jesucristo, pero no como está. Pues entonces, si lo supiera. ¡Oh, talento crítico de nuestros impugnadores! Dejaría de ser misterio la Eucaristía.

Por otra parte, y entre paréntesis, el vino no se encabeza con alcohol amílico, sino etílico. La presencia del alcohol amílico supone una sofisticación ó adulteración. Del campeche decimos igual; el vino tiene una sustancia, colorante roja, y a ella, y no al campeche debe su color natural. Por eso, ó sobra el primer paréntesis; ó falta otro diciendo que estaba adulterado con campeche. Como los católicos somos tan ignorantes, necesitamos que nos expliquen las cosas muy bien. Si no, somos capaces de figurarnos que el escritor se mete a hablar de lo que no sabe.

Veamos ahora otra de las incontrovertibles objeciones. «Si el cuerpo humano vive de las sustancias que se asimila, y a los seis ó diez años no tiene ya ni una partícula de las que antes tenía, y todo es sustancia de lo que ha comido, fácil es que Jesucristo llegue a tener otro cuerpo entero además del suyo y aún otros, y que otros lleguen a ser Jesucristo, y, por lo tanto, Dios.»

Pues bien: quien tal cosa dice, además de cometer una herejía, prueba tener muy imperfectos conocimientos de fisiología. Porque la regeneración celular es regla general solamente para la piel, las glándulas, tegido muscular y tegido conectivo ó conjuntivo; el cerebro se regenera parcialmente (Voit); los ganglios rara vez (Valentin), y los nervios, cuando se los separa de los ganglios espinales, degeneran. Mas, aunque aceptemos sin restricciones el conocido hecho de la proliferación y degeneración celular, dándole un carácter general, ¿puede aceptar como argumento de buena fe el que la sangre y la carne de Jesucristo vayan a ser elementos nutritivos de nuestras células, siendo así que aquéllas están en el alimento eucarístico en forma tal—este es el misterio—que escapa a los medios ordinarios de investigación? Afirmamos que no.

Realmente, el hereje no tiene necesidad, para sostener sus puntos de mira, de acudir a la química. El músculo y el tejido hemático tienen sus propiedades físicas, color, peso, etcétera, por cuya razón debería cambiar el aspecto del pan y del vino si las cosas sucedieran con arreglo a las leyes naturales. Pero, vuelvo a repetirlo, el carácter de misterio del Sacramento de la Eucaristía, hace que sea tiempo perdido el entablar polémicas: ó se cree ó no se cree.

Eso no es obstáculo para que nos maravillemos del desahogo de algunos que se atreven a sujetar los problemas divinos a las leyes de la lógica. Admitimos que el descreído Voltaire pudiese escribir «no comprendo una sola palabra respecto a la Eucaristía.» No concebimos que nadie ponga en duda el poder supremo de Dios, so pena de negar que existe.

Nuestro Señor dijo: «El que come mi carne y bebe mi sangre, está en Mí y yo en él.» Por lo cual, ateniéndonos al insulso materialismo del Sr. Guisasaola, habría precisión de suponer que todos cuantos comulgaran irían a formar parte del Divino Maestro. ¿No es esto risible?

Dicese en la «Imitacion de Cristo»: «Ningún hombre, ciertamente, es capaz por sí mismo de entender cosas tan altas (la Eucaristía), que aun a la sutilleza angélica exceden.» Pues yo, pecador indigno, tierra y ceniza, ¿qué podré escudriñar y entender de tan alto secreto?

Tal es la doctrina. Sabemos buscar en el vino las sustancias componentes; no tenemos la osadía de querer hallar la sangre de Cristo, aunque creemos que allí está. Por esto, respetando la Ciencia, cultivándola en